

Rosario/12
10.12.2003

Los flamantes desafíos clínicos, teóricos y transdisciplinarios

Algunos psicoanalistas acaban de desayunarse de que el mundo cambia y tratan de ponerse al día. Otros permanecen impasibles. No predico ni depresión ni euforia, sino que postulo enfrentar los nuevos desafíos clínicos, teóricos y transdisciplinarios. Mejor dicho, invito. La vida es lucha, debate. Sin debate, el psicoanálisis se apaga. Habrá entonces que arrojar leña al fuego. Y allá vamos con nuestras teorías infantiles, nuestros infantilismos sin teoría y nuestras ansias de poder. También con nuestra pulsión de saber. Y nos sumergimos en debates insoslayables: intersubjetividad y constitución subjetiva, vínculos actuales y autoorganización, teoría del sujeto, lo intrapsíquico y lo intersubjetivo, narcisismo patológico y trófico: consistencia, fronteras y valor del yo. Propuestas e interrogantes. Esperando que alguien recoja el guante. Cuestiones complejas pero no bizantinas. Estas controversias y sus respuestas configuran la trama conceptual desde los cuales es pensable la intersubjetividad y sus transformaciones en el análisis (y ¿por qué no decirlo? en la vida misma). Hoy el “escenario” (como ahora dicen los políticos) es el de un flujo turbulento, muy distinto del mecanismo de relojería (siglo XVIII) y aun de una entidad orgánica (siglo XIX).

Aunque Freud haya dicho “Encontrar al objeto es reencontrarlo”, el objeto no es siempre el mismo. Algunos no aceptan la pulsión de muerte. Pero otros parecen no aceptar la pulsión de vida o al menos lo que ella implica. ¿Qué es Eros sino la búsqueda de nuevas relaciones? ¿Hay relaciones sin objeto? Y aquí debemos echar mano a alguna noción de creatividad para explicar cuándo una relación es nueva y cuándo es la reactualización de las que ya se tuvo en la infancia. Pensar los vínculos. Ni desprenderlos de la historia (psicología del yo) ni reducirlos a mera réplica de vínculos del pasado, como parece ser lo más frecuente. Revisemos la idea de cliché, la de matriz. Considerado el psiquismo como sistema abierto privilegiamos los encuentros actuales no como realización de una virtualidad preexistente. Lo que no hay es independencia del yo en relación con la realidad. El vivenciar actual no puede ser pensado bajo una modalidad solipsista. Un bucle autoorganizador reemplaza la linealidad causa-efecto por la recursividad mediante la cual los productos son productores de aquello que lo produce. El psicoanálisis se estancará si no combina determinismo y azar, teoría de las máquinas y teoría de los juegos.

¿Podremos hablar de vínculos sin hablar de narcisismo? Recíprocamente, ¿podremos hablar de narcisismo sin hablar de vínculos? Repasemos. Los objetos cumplen diversas funciones para el sujeto: balance narcisista, vitalidad, sentimiento de seguridad y protección, compensan déficits, neutralizan angustias. Considerar la existencia de una dimensión del otro al servicio del narcisismo, en cambio, permite considerarlo como aspectos necesarios de todo yo (lo que varía es el grado). Una perspectiva fundamental para la clínica (para toda clínica y no sólo la de pacientes “narcisistas”).

En la clínica actual al yo le pasa de todo. Son hostigados su consistencia, su valor, su discriminación con el objeto, sus funciones. En Narcisismo (Paidós, 2002) argumenté por qué todo el narcisismo no podía ser metido en la misma bolsa. Insisto aquí, porque esa unificación clínica es un error muy difundido. Los cuadros son muy diferentes, tanto desde el punto de vista descriptivo como de su comprensión metapsicológica. Puse cuatro piedras de toque que organizarían la clínica-teoría del narcisismo: -la identidad (afectada en los cuadros borderline, la paranoia y la esquizofrenia); -el sentimiento de estima de sí (deficitario en las depresiones en todos sus estados); -la indiscriminación entre el objeto fantaseado y el actual (propia de las relaciones narcisistas); -el desinvertimiento narcisista (eje en la clínica del vacío).

En el narcisismo trófico el cuidado por la identidad o la autoestima comparte el terreno con otras metas y actividades. En el patológico en vez de cuidado hay defensa desesperante. Es que allí no se juega el amor propio, sino su falta crónica. Allí el narcisismo no significa amor a sí mismo sino dolor de sí mismo. La supervivencia no está asegurada. Claman por el “derecho a existir”, allí donde quienes arriban al narcisismo trófico piden “amar y trabajar”.

Una forma de pensar compleja se prolonga en una forma de actuar compleja. Las organizaciones narcisistas exigen aún más una orquestación de iniciativa, invención, arte. Muy parecido al de la ciencia contemporánea y muy distinto al de la clásica, en la que el método tendía a poner al sujeto entre paréntesis, como si el observador pudiera ser eliminado.

Repito aquí lo que digo siempre: algunas cláusulas del contrato analítico se han vuelto obsoletas y deben ser modificadas atendiendo a la singularidad de cada análisis. Y no es meritorio, ni siempre verdadero, ahuyentar pacientes con una noción mal entendida de “analizabilidad”. Alterar el contrato no implica renunciar al análisis. Ese es un fantasma que aparece sólo cuando se idolatran los “standards” y se siente miedo ante lo real que se insubordina al análisis.

Un analista trabaja siempre con su disponibilidad afectiva y con su escucha. En las organizaciones narcisistas se le solicita algo más: su potencialidad simbolizante, no solo para recuperar lo existente, sino para producir lo que nunca estuvo. Por supuesto, las que no faltan son las opiniones. Unos quieren mantener la pureza del análisis, según la trillada oposición entre el oro y el cobre. Otros apelan al menos común de los sentidos: el psicoanálisis está hecho para el paciente y no el paciente para el psicoanálisis. Simpatizo con los últimos. En vez de quejarme por cómo han cambiado las personas, intento extender el campo del análisis a las personas reales, modificando el encuadre de acuerdo al caso. Y modificando la teoría. Algo más que simpatizar.